



El rey Saúl

«¡Miren al hombre que el Señor ha escogido!
¡No hay nadie como él en todo el pueblo!» 1 Samuel 10:24

Pepita y Estrella y las otras niñas del Club saltaban en una ronda, cantando: «¡Nueva serie! ¡Nueva serie!» Estaban emocionadas porque doña Beatriz había anunciado que estudiarían sobre los reyes del pueblo de Dios.

–No hagan tanta bulla. Me duelen los oídos –dijo Pimienta.

–Es emocionante –dijo Pepita–. ¿Por qué no cantas tú también?

Pimienta no quería cantar; pero cuando doña Beatriz empezó a contar la historia prestó toda su atención.

El que estaba más atento era Samuel, porque la buena vecina le había dicho que hablarían de alguien con su mismo nombre.

El pueblo pide un rey

Samuel era profeta y juez. Durante toda su vida había servido a Dios y al pueblo de Israel. La gente lo apreciaba y respetaba.

Como ya era anciano, puso a sus dos hijos por jueces en Israel; pero ellos no siguieron el buen ejemplo de su padre, y el pueblo no los quería.

Un día, los ancianos de Israel fueron a Ramá, donde vivía Samuel, para decirle que querían un rey, así como tenían las demás naciones.

–Ustedes ya tienen rey –les dijo Samuel–. Dios es su rey.

–Sí... pero queremos un rey de nuestra misma gente.

Samuel se puso triste, pensando en que Dios había guiado al pueblo durante tantos años, desde que sacó a Abram de Ur de los caldeos, y que ahora lo estaban despreciando.

–No estés triste –le dijo Dios–. No te han rechazado a ti, sino a mí. Dales un rey, pero adviérteles que ese rey los tratará duramente.

Samuel advirtió esto al pueblo, pero ellos no cambiaron de opinión; querían un rey.

–Yo les mostraré quién será el rey –dijo Dios.

Dios elige un rey para el pueblo

Había en Israel un joven muy buen mozo; no había otro tan hermoso como él. De hombros arriba sobrepasaba a todos. Además, era valiente, trabajador y obediente. Se llamaba Saúl.

Un día se perdieron las asnas de su padre. Él y uno de los criados las buscaron; pero no las encontraron. Entonces fueron a preguntarle al profeta Samuel si él sabía algo acerca de las asnas.



Dios le avisó a Samuel que iba a llegar el joven que sería el rey de Israel. Cuando Saúl llegó, Dios le dijo: «Ese es el joven que yo he elegido».

Samuel invitó a Saúl a almorzar y también le dio alojamiento.

A la mañana siguiente, Samuel acompañó a Saúl hasta la salida de la ciudad y pidió al criado que se adelantara. Cuando los dos quedaron solos, Samuel echó aceite sobre la cabeza de Saúl y le dijo:

–Dios te ha ungido para que seas rey de Israel.

Dios había ordenado que se derrame aceite sobre la cabeza de una persona elegida para un servicio especial. Profetas, reyes y sacerdotes eran ungidos de ese modo.

Saúl salió a buscar las asnas y volvió con la noticia de que sería rey.

El pueblo proclama rey a Saúl

Pero Saúl se quedó callado, y no le dijo a nadie lo que Samuel había hecho. Al poco tiempo, Samuel reunió a todo el pueblo en un lugar llamado Mizpa. Saúl tuvo miedo y fue a esconderse.

Samuel hizo pasar a todas las tribus; las familias de los hijos de Jacob. Dios le mostraría a quién había escogido para que sea rey. Uno por uno, los jefes de las tribus de Israel fueron pasando, y cada vez Dios decía que no era nadie de esa tribu: Rubén, Judá, Dan, Simeón, Leví...

Al fin quedaba solo la tribu más pequeña, la de Benjamín, el hijo menor de Jacob. Entonces Samuel hizo pasar a las familias de esa tribu, y nombró a la familia de Matri.

De esa familia nombró a Saúl, hijo de Cis. Llamaron a Saúl, pero no estaba allí. Saúl había estado buscando unas asnas perdidas; ahora, cuando todo el pueblo sabía que Saúl sería el rey, tuvieron que buscarlo a él. ¡Nadie lo encontró!

Pero alguien vio a Saúl. ¿Quién crees que sabía dónde se había escondido? Sí, Dios. Y Él reveló al pueblo dónde lo encontrarían.

¡Saúl se había escondido entre el equipaje! Seguramente eran unas maletas y bolsas muy grandes, pues Saúl era el más alto en todo Israel; nadie le llegaba al hombro.

Cuando al fin encontraron a Saúl, Samuel dijo:

–Vean qué hermoso es el rey que Dios ha elegido. No hay otro igual en todo Israel.

–¡Viva el rey! ¡Viva el rey! –gritó el pueblo.

Todos se sentían felices al ver a su rey.